



### CAPÍTULO III

---

#### A través del fuego.

ERAN las cinco y media de la tarde, en Granada, en el bosque que rodea la Alhambra. La atmósfera pesada y ardiente del día se aligeraba á la aproximación del crepúsculo, y las frescas brisas que venían de la sierra, comenzaban á disolver el entorpecimiento.

Sentados perezosamente en grandes butacas de mimbre delante de las gradas de su hotel, Francisco Aubryet y Juana Verneuil se recordaban sus tres semanas de viaje y de amor desde la salida de París, todas las etapas de una huída encantadora... Madrid, sus barrios extremos; sus museos, en que los guerreros, los *insurgentes*, los bufones, los toreros, se hallan representados en obras maestras; sus alrededores, en que la historia duerme en residencias abandonadas; Toledo, donde luchan al cabo de los siglos las bellezas sarracenas y las católi-



cas: apretada y refinada ciudad que rodea la serpiente del Tajo.

Juana tenía ese aire de dicha que aumenta la gracia de las mugeres. Francisco estaba amable y sonriente. Se hallaban, como era propio de la estación, vestidos casi de coloniales, con ropas blancas, ligeras, que acentuaban su aspecto fresco. Reposaban en su alegría, privados momentáneamente de Darnot, que se hallaba en la ciudad.

—Esto es delicioso—decía Francisco—este rumor del agua que le entra á uno en la imaginación, que le refresca y le lava, y esos cánticos de los pájaros, que despiertan ahora también de la siesta... Todos estos árboles están llenos de ellos. ¡Oh, la España espléndida del verano!...

—Sobre todo, que yo ignoraba la vida—añadió Juana en el mismo tono de confianza y voluptuosidad—Yo la creía hostil, sembrada de peligros. Me faltaba lo que la revela, lo que la hace cómplice del corazón.

Cada uno de ellos estaba reconocido al otro por no haber destruído ya su placer, que el instinto les advertía ser frágil y estar á merced de un choque ó de un error. Aunque nadie en toda su vida les había enseñado el deber ni el recato, y no podían tener otra pena que la saciedad, la idea oscura de la prudencia estaba ligada en ellos á la del disgusto.

—Darnot es para nosotros un verdadero amigo—repetía Francisco—No se alcanzan los límites de su lealtad y de su afecto. Si no le hubiéramos traído yo no sé como nos hubiéramos arreglado con nuestras cuentas... por que ni tu ni yo... El supone siempre á las gentes que emplea, con cualidades extremas y nada comunes, lo que le dispensa de vigilarlas.

—¿Há tenido con mamá ciertas relaciones? ¿Nó las ha tenido? He aquí lo que sigue siendo para mí un problema.

Y Juana, dicho esto, tuvo una risa aguda, delgada y cínica.

—Yo optaría por la negativa—respondió Francisco—tu madre en el fondo es muy honrada.

—¿Crées tu?...—preguntó Juana suspirando. Luego permaneció un rato silenciosa, con los ojos soñadores, como absorbida en tristes recuerdos, hasta que haciendo un significativo movimiento de espaldas pareció conseguir desechar aquellos pensamientos, y vuelta al presente dirigió á su acompañante miradas escrutadoras y positivas. Creía amarle, pero dudaba de su valor, del valor de él, y se preguntaba qué debía esperar de aquel jefe de la comunidad. ¿La fidelidad? Acababa de probar su poca aptitud para ser fiel. ¿La riqueza? Parecía desposeído de todo medio de adquirirla. ¿La debilidad, la flaqueza?... Sin duda, y habría que pensar más tarde en sacar partido de esto. Recordaba una teoría maternal: «No hay ningún hombre inutilizable, con tal que sepa escribir su nombre».

Pasó un mozo, y Francisco le pidió lo necesario para hacer *cocktail*. Su indolencia se calentaba con el alcohol y le gustaba maniobrar con las botellas, el azúcar y el limón. Este era antaño uno de sus agravios contra la sobria María, por que ella le impedía dedicarse á esa su diversión favorita.

—Yo echaré el aguardiente y tú me cuentas algo en tanto—dijo Francisco.

Varios obreros que trabajaban en unos terraplenes inmediatos vaciando perezosamente una zanja para colocar una cañería de gas, corrieron,



cuando vieron el prodigio, á contemplarle de cerca.

—¡Un señor que agita pedazos de hielo y espolvorea azúcar al borde de un gran vasol!

En sus caras aceitosas y arrugadas se marcaba la risa, sin que las bocas se entreabieran. Un empleado cuya misión era vigilarlos, les explicaba la operación con gran profusión de palabras guturales.

Francisco les invitó á probar la inquietante mezcla y dos ó tres la tomaron haciendo muchas muecas, en tanto que los otros rehasaron dignamente. Este espectáculo divertía á Juana, que espiaba el deseo que su cuello de rosa y sus cabellos rubios despertaban en aquellos hombres alegres, nervudos y fuertes, de ojos febriles.

—Son de la raza—declaraba la joven, y charpurreaba las pocas palabras de español que había aprendido en su pequeño manual de conversación.

Entonces el intérprete del hotel, cara ambigua, gloton y siniestro, que solía huir de la presencia de Darnot, se aproximó obsequioso á los dos amantes y explicó á la señorita que aquellas gentes estaban muy reconocidas, y que uno de los hombres, gitano auténtico, proponía para la noche una sesión de canto y baile nacionales. Este proyecto entusiasmó á Juana. Francisco se informó con aire grave de si estaba mal visto asistir á esos espectáculos tradicionales, de si no se faltaría en ellos á la decencia, y una vez tranquilizado acerca de este punto aceptó, y le citaron para las diez de la noche en el Albaicín.

—Mientras llega la hora de comer—indicó Francisco—¿vamos á dar un paseo á la Alhambra?

Juana contestó afirmativamente. Sus hermosos brazos tenían la nerviosidad, difícilmente contenida, de las bestias feroces que están en acecho.

—Vamos, vamos—dijo—así perfeccionaremos nuestros conocimientos en el arte morisco.

Subieron lentamente con las manos cogidas, por las avenidas en suave pendiente que van al palacio de los califas. Estas ruinas suntuosas aparecían rojas, bajo los rayos del sol poniente, detrás del arbolado alto y derecho, brillando así la historia en la verdura, entre la cual los pájaros entonaban su himno eterno. Pequeños asnos grises, algunos casi amarillentos, rozaban á los paseantes á su paso. Sobre los flacos espinazos pelados de aquellas bestias, veíanse grandes cacharros de metal envueltos en paja. Varios chiquillos obligaban á los animales, con gritos agudos y vibrantes, á correr por aquellas avenidas. Chiquillos y bestias traspusieron en busca de agua para llevarla á la ciudad, á la cual volverían luego entre cantares y rebuznos. Francisco y Juana siguieron aquella senda húmeda.

Cuando llegaron á la terraza desde la que se domina la Ciudad, un viejo malandrín vestido de gitano elegante, que vendía tarjetas postales, salió danzando al encuentro de los dos extranjeros. Francisco le compró toda su mercancía, se la pagó con un puñado de duros, y la distribuyó entre los chiquillos de los asnos. Como no era muy elocuente, ni muy instruído, ni muy poeta, contaba maravillar á su compañera con estas vanas larguezas. Pero ella más avisada y lírica, volvió su corazón hacia el paisaje.

Era este una rambla que comenzaba en la pla-



taforma del pozo á que los chiquillos iban á buscar agua, y luego descendía y se ahondaba entre unos vestigios de jardines con restos de columnas moriscas, hasta el lecho medio seco del Darro y el paseo de los Tristes, remontándose después casi á pico por un confuso grupo de callejas formadas por casas azules. Los patios de estas, regulares, poblados de arbustos, ofrecían el aspecto de una vejetación joven sobre la vieja piedra.

Eran unos momentos indescriptibles. Multitud de campanas alternaban en sus sonos, en sus cantos, que parecían contar las luchas terribles del pasado, los choques sangrientos de cristianos é infieles. Conservaban como un eco de independencia, y Juana escuchándole sentía palpitar en sí un resto de emoción religiosa. Pero Francisco interrumpió su sueño.

—¡Darnot ya vuelvel...

Este llegaba, efectivamente. Sus ojos negros brillaban en su cara neutra. Estaba vestido de blanco, como su amigo, á quien presentó un paquete de cartas. Aubryet abriéndolas exclamó:

—Las facturas me persiguen hasta aquí... ¡Bah, Laura pagará. Es bastante rica... El tapicero, el mueblista, el joyero... He aquí un ladrón... Estos son los gastos de la comunidad. ¡Calla, una carta de Ignacio!

—¿Qué es, qué cuenta?—preguntó Juana.

—Espera... Me dá noticias de tu madre... de tu padre, que está un poco cansado... Y después... ¡Ah, esto es inaudito, llega él mañana!... Positivamente. Mira... aquí, al final de la página.

—Yo lo esperaba.

—¿Por qué?

—¡Inocente, por que ese viene enviado por tu muger á reconquistar el marido perjuro!...

Pronunció estas palabras cruelmente, irónicamente, en tanto que su confidente y cómplice Darnot movía la cabeza y sonreía con frialdad. Los dos desde su salida de Paris, aguardaban esta suprema tentativa de Salientés.

—Pues si es así yo no le voy á recibir—dijo Francisco con resolución, pero Juana temía á este adversario sutil y prefería desarmarle de cerca. Lejos y enemigo declarado era más peligroso.

—Le vamos á recibir con los brazos abiertos, al contrario, á ese amigo querido... ¿Nó es esto, viejo Marcos? Es preciso seducirle, no rechazarle. Y aquí, en su patria, en esta época eso será fácil, cederá pronto, y se dejará encadenar por nosotros.

—Tu eres demasiado noble, demasiado generosa...—comenzó Francisco; pero Juana deseosa de pasar á otro asunto, de quitar toda importancia á la visita, preguntó:

—¿Y nuestros criados, Marcos, cuando llegan?

Había encargado al perfecto secretario que la procurara una doncella y un camarero, sin los cuales, afirmaba, no podía pasar. Aunque lo habían encontrado todos muy costoso, como más elegante se había acordado pedirlos á Paris. Era una pareja joven, Victor y Lucia, antaño al servicio de Sofia Verneuil. La muger era una peinadora perfecta. El hombre era cochero y cocinero; no tenía rival en la confección de pasteles. Si el personal se aumentaba, se le destinaria á esto último exclusivamente.

—He aquí su telegrama—respondió Darnot con arrogancia—Tomarian el mismo tren que el español. Yo pensé que cuanto antes vinieran sería mejor.



—Tú eres un mago... ¡Bah, mi querida Juana, tu no ibas á arreglar tus ropas... y nuestros vestidos tienen que ser cepillados. Amigos míos, estoy contento de vosotros, y si queréis entraremos.

Así Francisco se fingía indiferente, pero la venida de Ignacio no dejaba de inquietarle. Le inspiraban temor las escenas, los reproches, y el verse obligado á reflexionar.

La tarde que acababa reconstituía en las salas y en los patios de la Alhambra la época de su esplendor. Los crepúsculos ayudan á la historia. Los techos labrados, los nichos abiertos en los muros para las estatuas, las galerías llenas de columnas, los miradores primorosos de las sultanas, los baños de mosaico, todo parecía recobrar actividad y vida á la llegada de la noche. El sentido misterioso de los arabescos empleados en el ornamento y la decoración, y cuya escritura aprisiona el pensamiento, parecían palpitar, á punto de revelarse, como la crisálida en su envoltura.

—Esto puede leerse—indicó Juana—y si hubiera obscurecido un poco más, resultaría perfectamente claro...

La complejidad de sus impresiones bajo su razón rudimentaria y recargada, era parecida á la de aquellas inscripciones retorcidas y bárbaras, que predicaban la guerra sobre los muros de un *boudoir*, ó llenaban los de un calabozo de sentencias voluptuosas. La madre de Juana era aficionada á la música, su padre vivía entre los reflejos de sus esmaltes; ambos eran bohemios que sólo escuchaban su fantasía. Estos antecedentes de sus padres, estos instintos que la habían transmitido, hacían de ella una anarquista nómada, dispuesta al despotismo oriental, dichosa de ser cautiva por una tarde, de

aquellos enlaces de oro y azul, de aquellos departamentos de alabastro de perspectivas simétricas.

Iba y venía por entre las columnas de mármol y pórfido, á través del crepúsculo, bella y absolutamente dentro del marco que la rodeaba, fatigada como después de un baño que hubiera dejado marcada su huella en las piscinas de piedra, parecida á una de aquellas Aichah que languidecían antaño contemplando los ojos soñadores de los califas.

Darnot y Francisco la seguían con una sumisión voluptuosa que los hacía unirse y quererse uno á otro. Ella los guiaba con seguro instinto, aunque no había recorrido más de tres veces aquellos lugares, al patio de los leones, en que unos cuantos de estos, sin forma real de tales, se agrupan bajo una fuente seca, al salón de Embajadores, á los pasillos y retiros embaldosados y encantadores por donde se deslizan los siglos y las máximas. Se ponía de codos á la ventana que mira á la torrentera sombría, desde donde la favorita espantada había espionado un día la aproximación de los reyes católicos. Se estaba sobre el más alto peldaño de una de aquellas disimuladas escaleras que solían frecuentar los eunucos y los verdugos. Pasaba de un lado á otro sobre los tramos medio destruidos, sobre las piedras removidas y oscilantes, sobre las planchas de madera de los andamios. Estaba satisfecha del mutismo de sus compañeros, que no interrumpían el volar de su imaginación; sólo se sentía un poco avergonzada de ver que ellos no hacían por experimentar aquellas sensaciones en que ella se complacía. Deseaba á la vez ser libre como una heroína de Wagner ó de Nietzsche, y tan esclava como una de aquellas jóvenes deliciosas y reclusas que com-



binaban las celadas y los complots. En su imaginación recorría furtivamente un laberinto parecido á los de la antigua mansión. Se emborrachaba con los recodos y los escondrijos de aspecto tenebroso, con las visiones fugaces.

Como al fin casi corría, llegó sólo y sin aliento al jardín de Lindijara, y allí se puso de codos sobre el reborde del pequeño pilón en que caía eternamente el agua, entre los naranjos sin fruto y los bojs amargos y lustrosos. En aquel momento lo olvidaba todo, sus padres, su juventud, Laura y hasta este Francisco que la había abierto la puerta de la evasión y de la vida, y sus proyectos, sus sueños, sus desilusiones.

Decendía sobre el jardín estrecho una semi-obscuridad deliciosa, que guardaba su secreto perfumado como se guarda una joya en un estuche, pero pronto la luna con un rayo agudo y súbito como un golpe de lanza, hirió las paredes del pilón, las puntas del follage, las avenidas de piedra. Parecía que cada cosa emitía un sonido ó hacía una confidencia, que la paseante recogía y confrontaba con los arabescos sinuosos y variables de su alma inquieta.

—¡Ah, está V. ahí! ¡Por fin te vemos!—exclamaron á la vez cuando la hallaron Darnot y Francisco.

Pero ella detestaba sus siluetas. Hubiera deseado que un fantasma paciente y hermoso la cogiera entre sus brazos y, melancólico, la recitara versos del Corán, cuyo sentido adivinaría ella, bajo la luz encantadora de la luna, al compás de la música que formaba la gota de agua que caía, entre el aroma adorable de los limoneros.

\*  
\* \*

Tirado por dos mulas vigorosas el landó escalaba las rudas pendientes de la vieja Granada. El intérprete sentado al lado del cochero, parecía amontonar su espalda de calculador sobre su nuca sórdida. Francisco, Juana y Darnot se apretaban el fondo del coche á fin de equilibrar el peso. Abiertas las ventanas de las casuchas que se hallaban al paso, mostrábanse á la luz de la electricidad ó de los faroles del carruaje, los pobres interiores de aquellas viviendas, un viejo caldero brillante colgado de un muro, entre dos estampas de santos, y las siluetas de hombres y mugeres desabrochados, postrados por el calor, ante las garrafas recubiertas de paja y los vasos.

A Juana le gustaban estos espectáculos de la vida miserable, pues nunca sentía piedad por los seres que pasaban hambre. A través de las puertas y sobre las piedras de la calle roncaban ya las familias que ocupaban aquellas ahogadas viviendas, y estos durmientes semejaban muertos, bajo la serenidad de las estrellas. Mas allá varios muchachuelos exaltados venían chillando, implorando la limosna de los extranjeros, de los «ingleses:» «¡Cinco céntimos, señorita!...» Un latigazo los desparramó.

Llegaron los extranjeros á la cueva de los gitanos y entraron en ella. Era una pieza espaciosa, abierta en la roca blanca, y estaba muy iluminada, pues los truhanes aquellos, advertidos por su cómplice el intérprete, habían procurado preparar bien a representación. Francisco creía contra toda evidencia, que se iba á hacer allí alguna ceremonia



excepcional, y quedó desilusionado cuando Darnot le dijo que había rebajado veinte pesetas de las pretensiones del «capitán» de la tropa aquella.

Era este capitán un hombre amarillo, lleno y aceitoso, de unos cincuenta años; vestía de andrajos deslucidos, y tenía una guitarra en la mano. Hallábase malo de un pié, que llevaba vendado con un trapo sucio, y para estar con más comodidad estendía aquella pierna sobre un banquillo. La madre de este individuo, una vieja negra y arrugada, defendía la puerta de lienzo contra la invasión de la tribu, á la cual atraían los sencillos espectadores extranjeros.

Cruzada de brazos, la vieja interceptaba el paso, y mostraba una cara de avariciosa y de decidida matrona antigua.

Juana, Francisco y Darnot se instalaron en unas sillas que se las ofrecieron, en tanto que el intérprete pordioseaba de ellos un aumento de pago, y los artistas templaban los instrumentos. Cinco ó seis mugeres del mismo aspecto huesoso, asiático y feroz, llevando unas moscas de papel sobre la piel, los afeites cubriendo sus eczemas, vestidas de amarillo y rojo, agitaban en sus dedos las castañuelas. Dos pequeñas gitanas de doce á catorce años, ya cómicas, celosas la una de la otra, dislocaban en el centro del rebaño sus cuerpos de serpientes jóvenes. Una de ellas no cesaba de enviar á Juana besos y cumplimientos: «Es muy bonita, la señorita....» decía poniendo su mano roñosa sobre el talle, para imitar á la bella extranjera, á quien empezaba á molestar el olor á sudor y alcohol.

—Esto es pasmoso. ¿no os parece, Juana, Marcos?— repetía Francisco con una insistencia pesada —Juana, es preciso que yo compre estos trajes

tan pintorescos. Eso no se vé en Francia, ni siquiera en España en las grandes ciudades. Estoy seguro de que te estarán admirablemente.

Habitados á esos proyectos y á esas ventas, los gitanos enderezaban sus bustos, comparaban, señalándolos con los dedos, sus vestidos con el de la dama, parloteaban, reían y hacían reverencias.

Al lado del jefe vino á colocarse un medio paleto, sombrío y feo, de frente enorme, nariz deformada, y la larga boca perdida entre espesuras de pelo oscuro. Este era el cantador de malagueñas, y nadie, ante su manera de bajar la cabeza á hincar las venas de su cuello, los ojos somnolientos, hubiera visto en él un verdadero poeta, enamorado solamente de sus melodías.

—¡Oh, es encantador, yo le adoro!....

Juana expresaba así su admiración por él, y le acompañaba con su sonrisa á la vez lujuriosa y tímida. Darnot, sensible instintivamente á la música, como muchos hombres corrompidos, no perdía tampoco de vista al cantador.

Este había empezado su canción, su queja ronca, un poco al azar, titubeando, como los ciegos cuando andan solos, pero el acompañamiento de la guitarra, los aplausos acompasados de las mugeres, sus voces animadoras y sus golpes de pies, llevaron poco á poco al cándido artista de cabeza monstruosa, lejos de sí, guiándole hacia la sinceridad de su raza. Recuperaba por el ritmo mágico y reconstituía, los paisajes ásperos, bajo un sol ardiente, que hace á todos los hombres negros, todas las pasiones irremediables, todas las canciones desgarradoras.

Impresionados, conmovidos por la belleza de esa música que agitaba sus fibras secretas, aquellos



falsos comediantes habían tomado por un momento una actitud natural y verdad.

Entonces Francisco y Juana vieron al mismo tiempo la última fiesta de casa de Laura, la mesa durante la comida, la figura exaltada de Ignacio, y oyeron su voz acabando de cantar las malagueñas.

—El ensueño se realiza—dijo Juana alegremente, y pasó sobre las manos morenas de su compañero sus dedos frágiles.

Después de una serie de danzas como de *café-concert*, gitanas y tocadores pidieron de beber, por medio de una mímica fácilmente comprensible en todas partes. El intérprete fué con Darnot á buscar al coche media docena de botellas de uno de esos vinos amarillos y pegajosos de que hablan las novelas piscarecas. Juana quiso á todo trance probarlo, lo que hizo reír á los gitanos. Se la presentó una copa de honor, en tanto que aquellos bebían en comun en un gran vaso.

Al recomenzar el baile Juana aceptó el ofrecimiento de una vuelta de wals con que la brindó un tal Pepe, mozo nervudo y robusto, habituado á las exposiciones, que había figurado en París en representaciones de la ópera *Carmen*. La estrechó alegremente contra su corta chaqueta negra, después la soltó un poco y girando, haciendo mimos en torno de ella, bailó una danza obscena, frenéticamente aclamado por sus camaradas de ambos sexos.

Francisco se reía, pero se sentía mortificado. Darnot estaba sombrío. Las curiosas comadres del barrio, que habían acudido á evocar su pasada juventud, alzaban en los brazos á sus pequeños casi desnudos, que contemplaban la fiesta con ojos desfavoridos.

Por fin, como se hizo tarde, media noche, fué preciso marchar de allí, previa una amplia distribución de pesetas y cigarros. El cochero y el intérprete estaban completamente borrachos, y Darnot tuvo que tomar las riendas de las mulas.

Al día siguiente, que era el en que debían llegar Ignacio y los domésticos, al fin Marcos y Juana se encontraron sólo en el hotel durante una corta ausencia de Francisco, lo que no les había ocurrido desde la salida de París.

Juana colocaba sobre los estantes de su armario de luna la ropa que acababa de traer la planchadora. El secretario la ayudaba dándole las camisas y demás piezas. Después de algunas conversaciones sin interés, Darnot la preguntó si no la inquietaba la brusca intervención de Ignacio en sus asuntos, y ella se echó á reír diciendo:

—¿A mí?... ¡Bah, el pequeño está bien amarrado!...

Se refería á Francisco, naturalmente. Darnot no le creía tan seguro como ella y expuso sus temores:

—El español es elocuente, persuasivo.... Sabe llevar á su amigo....

—¿Y á mi, me tomas por una inocente?

De tiempo en tiempo le tuteaba en los momentos de gran expansión.

—Toda muger es inocente—dijo él, de pié delante de ella, ofreciéndola con singular insistencia un montón de pañuelos que tenía en las manos.

—¿Es de mamá de quien te viene á tí la experiencia, Marcos?

Adivinó Juana en él alguna turbación, y pensó confundirle, hacerle apartar de ella sus penetrantes



miradas, pero Darnot con un tono grave y conmovido dijo:

—Juro á V. Juana, que su madre jamás ha sido para mi otra cosa que una bienhechora.... No hay que creer las calumnias....

—Está bien, está bien; hablemos de Ignacio.... Pues bien; si yo veo que domina á Francisco y hay algun peligro, le haré la corte ostensiblemente.... El pequeño le odiará, y todo su bonito trabajo será destruido. Esto no será más malo que lo que él quiere hacer.

Darnot hizo un gesto de incredulidad y repuso:

—Nosotros somos amigos, ¿no, Juana?...

—Eso parece....

—No se ría V. Yo no puedo ser otra cosa sobre la tierra que su perro... A V. se debe lo que queda de bueno en mí... Yo la pido que no me desprecie jamás.

—¿Qué es lo que V. tiene, amigo mio? ¿Es esto una escena de novela rusa que quiere V. representarme?

—No he leído ninguna... Yo no soy más que un bruto, pero un bruto fiel á V., V. lo sabe, V. me atrae y yo la temo.

—Darnot, querido, no me hagas tú la corte ahora. Afirme V. lo que quiera, siempre mamá estará entre nosotros... si... si, tengo buena memoria... y además está Francisco, á quien yo amo todavía, y que es su protector de V., Darnot; hoy seamos asociados, esto es lo más juicioso. V. es un pobre sodomita. Yo soy una abandonada que ha encontrado momentáneamente un amigo... Veo á Francisco en el jardín... En seguida, respóndame V. que esto es lo jurado.

Juana posó lo que tenía en las manos y puso estas sobre la espalda de Darnot. Como este se doblaba, presto á arrodillarse, ella le impidió hacerle, la aproximó á sí y la acarició la cara, dedicándole un gesto de ternura y de piedad, diciéndole:

—¡Paciencia, paciencia, gran bestia; todas las horas llegan!...

\*  
\* \*

El tren que venía de Madrid debía llegar á Granada á las doce de la noche, pero eran las doce y media y aún no llegaba. Francisco, Darnot y Juana se paseaban á lo largo del andén de la estación, combinando el recibimiento que habían de hacer á Ignacio.

—Ha estado muy bien pensado—decía Juana—esto de esperarle los tres juntos, porque así será menor la emoción que nos cause el verle. La consigna es «alegría.» Que no encuentre e Imás pequeño intersticio para meter una palabra solemne.

—Pasada la fiesta, pasado el santo—añadió Darnot.—No hay que prepararse más que para el primer minuto. Yo apostarí á que él prepara su figura para ese momento, y le derrotará nuestra recepción.

—A menos que no oculte su juego... y lo reserve para mañana. Pero nosotros no nos separaremos en ese caso, ¿eh, Juana?

Esta indicación fué de Francisco, que estaba algo alterado. Ignacio tenía bastante ascendiente sobre él. ¿Qué noticias traería? ¿Cuál sería su táctica?...

Apenas el tren entró en la estación, la cabeza